

Palabra Socialista

PUBLICACION QUINCENAL

Redacción y Administración: Canning 929

Suscripción trimestral: UN PESO

De Redacción

NUESTRO CONGRESO

La proximidad de nuestra asamblea general del Partido, y la importancia que insiste ella misma, hace que sea el asunto de actualidad de los socialistas.

Conveniente es precisar aunque brevemente algunas consideraciones.

A medida que el Partido avanza y progresa, los Congresos también adquieren más trascendencia, por la seriedad misma de su teoría y de la práctica socialista.

Un Congreso no puede reducirse ya a oír el informe del Comité Ejecutivo, a pasar revistas a sus fuerzas o concentrar toda su atención en lo que se ha llamado reforzar nuestra organización.

Habiendo alcanzado ya su representación parlamentaria, lo que vale decir que su teoría de la acción política se traduce en la práctica, el Partido necesita orientar por intermedio del Congreso, como desarrollará su acción, necesita de clarificación categórica, y para que a los ojos de la clase trabajadora aparezca clara y definida la acción política socialista.

Pero algunos creen que esto es llevar al Congreso en terrenos y debates académicos u oratorios. Creemos que los Congresos no deben solamente votar, sino que se impone por los mismos hechos la discusión principista, la discusión de la teoría que ha de orientar a la práctica. Lejos estamos de creer que eso sea un debate oratorio o académico. Y la experiencia de los Congresos extranjeros nos demuestra que no se deja la discusión del ideal, ni las afirmaciones que por aquí se hacen.

Necesaria es además que el Congreso sea, medio de una vez por todas, la transformación de nuestro diario, de acuerdo con una organización que se relacione con nuestros ideales.

Adquiere también importancia por el desarrollo mismo del Partido, precisar la orientación del diario, por cuanto siendo el órgano central, constituye el reflejo de su acción.

De acuerdo estamos también con que es necesario reforzar la organización. Pero no debe entenderse solamente la reforma de los Estatutos, y que éste tópico sea el importante del Congreso. Reforzar la organización es trabajar en el sentido de enseñar en radio de espera y acción. Y si en algo deben intervenir los Estatutos, es para presentar unos

más democráticos y no autoritarios, y que concuerden bien nuestro modo de ser, para despojarnos de cierto carácter populista que se quiere dar a nuestro Partido.

Conveniente es y dada la situación en que se realiza nuestro XI Congreso que los centros envíen delegados directos, que lo representen bien su pensamiento, y estén el nombramiento o telegráfico, que si se lleva el puesto no se lleva la representación.

Por ésto los Centros deben presentar las proposiciones que crean afecten a nuestra teoría, a nuestra práctica, puesto que el Congreso es para dilucidar y aclarar nuestro ideal, pese a los que creen que debe ser una simple reunión para aceptar y votar, y que desean rehuir de "la discusión natural", en nombre de una pasividad y armonía franciscana.

Socialismo de cátedra

para "Palabra Socialista"

Parece que el extraordinario desarrollo del Partido Socialista Internacional y de la ideología socialista, causa inquietud a la ciencia oficial. Los profesores de las universidades buscan una válvula de seguridad científica, para resolver pacíficamente el gran problema económico y social que agita a la sociedad capitalista. El profesor Oppenheimer, de la Universidad de Berlín, nos revela algunos de sus descubrimientos científicos.

La ruidosa bancarrota de todos los sistemas burgueses de renovación económica y social, ha obligado a la ciencia oficial a buscar una reconciliación con el socialismo moderno. No pudiendo aceptar en bloque la doctrina socialista, por temer un rompimiento violento con el pensamiento oficial y caer en la extrema izquierda, ese sabio aborradado, reconoce que el liberalismo clásico ha muerto como sistema integral de reconstrucción social, pero, siendo como es, la última razón, "última ratio", del semi-autoritarismo burgués, es necesario revivirlo bajo una nueva fórmula, bautizándolo con el nombre de "liberalismo socialista". Esta unión ilegítima del liberalismo burgués con el socialismo revolucionario, es el único sistema que el libre profesor cree capaz de substituir a la doctrina de Carlos Marx.

Hemos conocido el socialismo utópico, el socialismo de Estado, el Socialismo utradado de la moderna burguesía francesa, el Socialismo revisionista y reformista. Ac-

tualmente la ciencia sociológica se ha enriquecido con una nueva especie de socialismo: el socialismo liberal de Oppenheimer.

Después de algunas alabanzas al socialismo revolucionario de Carlos Marx, éste sólo nos explica como todo el mal reside en el monopolio de la tierra. Este monopolio, que remonta hasta los primordios de nuestra historia, ha sido el pecado original que la humanidad moderna paga con la sangre derramada en tantas luchas fratricidas.

Para M. Oppenheimer, toda la historia no es más que una lucha continua entre la fuerza y el trabajo. Nada más falso que ésta concepción histórica de nuestro profesor. Da por tierra con toda la doctrina histórica del socialismo proletario. Ya otro pensador alemán, Dühring, nos ha contado más o menos lo mismo, provocando la famosa polémica entre él y Engels.

La fuerza no es ese *modus ex machina* cuya existencia propia es independiente de las condiciones económicas y sociales en que se desarrolla la sociedad.

En la historia, la fuerza no es más que la parera de la sociedad, según la expresión del fundador del socialismo científico. Según la concepción socialista de la historia, es la división del trabajo en la sociedad, es la forma de producir las riquezas, es el grado de desarrollo de la propiedad y de sus relaciones, que han engendrado todas las formas de desigualdades sociales y que son los causantes del triunfo de la fuerza sobre el trabajo.

Es innegable decir, como lo dice el profesor Oppenheimer, que la causa única de la dominación capitalista es la posesión de la tierra por la clase que gobierna. La tierra es sin duda uno de los principales medios de producción, pero no es ella únicamente la que entrega la humanidad, ligada de pies y manos, al capital. La clase dominante posee también todos los demás medios de producción y de cambio. La burguesía industrial, financiera y comercial, domina actualmente la lucha económica, política y social. La clase de los terratenientes constituye una sola fracción de la clase capitalista y aún una de las fracciones más débiles, en los países fuertemente industrializados.

El profesor Oppenheimer afirma que la situación económica de las clases explotadas, la miseria material y social, proviene de la insuficiencia de la actividad productora de la sociedad. Nosotros, socialistas, pensamos que ésta actividad es colosal y

que la miseria es abogada en la abundancia.

Para el liberalismo socialista el error del socialismo liberal es que se espanta por el hecho de que el obrero no encuentra trabajo en los tiempos monopólicos.

Según nuestro profesor la solución del problema económico y social es de lo más sencilla. Después de expulsar al monopolio de la tierra, no sabemos por qué medios (los obreros de las ciudades se ocupan en las granjas y las granjas en aquellas que pueden suministrar sus artículos al Estado).

Como medida preliminar de llegar a una meta, el nuevo espíritu del socialismo liberal propone a los obreros que luchan para que el Estado tome el caso personal de cada uno de ellos, como grandes extensiones de tierra, que servirán para las explotaciones agrícolas e industriales.

Esperando que el Estado haga caso del socialismo liberal, el nuevo liberalismo recomienda a los industriales obreros que inviertan sus reservas momentáneas en esas empresas económicas. Y de ahí a la ciudadanía y a la ciudad libre no hay más que un paso.

Es posible que los demócratas burgueses aprovechen esta nueva doctrina para tratar de poner nuevos obstáculos a la revolución socialista.

Los socialistas universitarios continuarán siempre sus tentativas de poner paradas a la espléndida estatua del socialismo en el título de Carlos Marx.

Dr. E. Leybold, Rosario Taia, 5/32.

Sandeces sindicalistas

El grupo de unos cuantos sandeces que se han dado en llamar sindicalistas revolucionarios, se esfuerza por hacer pasar las palabras "ciudadanía" y "ciudadanía libre" como si fueran palabras que se permitieran utilizar los medios que se han empleado en el grupo de las "ciudadanía" y "ciudadanía libre" para el desarrollo de la producción y el bienestar.

El grupo de sindicalistas revolucionarios se esfuerza por hacer pasar las palabras "ciudadanía" y "ciudadanía libre" como si fueran palabras que se permitieran utilizar los medios que se han empleado en el grupo de las "ciudadanía" y "ciudadanía libre" para el desarrollo de la producción y el bienestar.

Con esto el ideal socialista quedaba formulado, pero falta de la justificación científica que fuera sólida base a sus teorías.

En la misma época, primera mitad del siglo pasado, la industria, la técnica en general, y el arte de la producción sufrían una gran y profunda transformación.

La cuestión social quedaba desde ese momento bien delineada. Era, entonces, natural, que la clase de los oprimidos empezara

Agrega además, que nosotros y nuestro partido poseíamos la máxima "fuerza y número". ¿Por qué? Pues nada menos que un millón de papas negras y rojas, un millón para fomentar la organización general y otros fines políticos como ellos afirman, que otros fines los desarrolla políticamente el Partido, permanentemente, por medio de los beneficios para la clase trabajadora.

En cuanto a quienes son los "peques" sólo sabemos que ellos no comprenderán mejor el mundo a medida que van costeanando. El uso de la palabra "ciudadanía" es un ejemplo de los ingredientes del falso revolucionarismo.

Para terminar comprendamos que cuando se pone el dedo en la llaga (por más que se trate de un asunto imperceptible) el dolor se siente. Pero se llega a perturbar el dolor cuando se ha sucedido a un dolor "ciudadanía" que creen que igual a un dolor y mirarse que llorar el dolor, pero que culpa tenemos nosotros? ¿Cómo tiene culpa la verdad si su claridad, los resultan muchas veces dolorosas.

El Partido Socialista y el ideal

Desde tiempos muy antiguos ha habido pensadores y filósofos que juzgando injusta la organización social basada sobre la propiedad privada, han soñado con una sociedad donde la propiedad fuera de la colectividad y no del individuo.

En los primeros decadas del siglo pasado vieron algunos escritores a plantear el antiguo problema: la sociedad reprobaba sobre bases injustas, había que modificarlas, satisfacer el orden de cosas y establecer una nueva organización que, partiendo del principio que la propiedad es de todos, impidiera que unos tuvieran mucho y otros tuvieran muy poco o nada.

Con esto el ideal socialista quedaba formulado, pero falta de la justificación científica que fuera sólida base a sus teorías.

En la misma época, primera mitad del siglo pasado, la industria, la técnica en general, y el arte de la producción sufrían una gran y profunda transformación.

La cuestión social quedaba desde ese momento bien delineada. Era, entonces, natural, que la clase de los oprimidos empezara

a sentir la necesidad de una reacción y así en efecto fué. La historia obrera de las naciones occidentales de Europa nos lo hace saber.

En Francia y en Inglaterra donde las masas de las ciudades iban adquiriendo una mayor cultura se produjeron grandes movimientos tendientes a un mejoramiento de las condiciones de las clases laboriosas. Los trabajadores comprendiendo sus intereses y su situación se lanzaron a la lucha con el fin de obtener las mejoras y las reformas deseadas sintiendo más las necesidades apremiantes del momento que la fuerza del ideal propagado por los filósofos comunistas.

Pero el problema social como no es una cuestión de momento no podía resolverse con algunas medidas adecuadas a las circunstancias que aunque sirvan para fáciles y transitorias soluciones no alteran el fondo del problema.

De ahí, que en los principios del movimiento obrero no hubiera verdaderas ideas definidas, lo que existía y lo que importaba sobre todo era mejorar el estado de los trabajadores. La cuestión social parecía ser más bien una cuestión de actualidad que una cuestión permanente.

En esas condiciones el socialismo no podía prosperar pues él es un movimiento que tiende a la transformación completa y radical de la sociedad, un movimiento que se declara enemigo de la propiedad privada y que en cambio proclama un nuevo derecho de producción y en la organización científica de la producción misma y de la distribución.

Como en el fondo de todo ser hay un resabio de egoísmo, mayor o menor en cada individuo, y hay también una tendencia a sobresalir en todos los terrenos y en el económico especialmente se comprende sin mucha dificultad que la abolición de la propiedad privada fuera una perspectiva poco halagüeña para las grandes masas.

Era menester, entonces hacer ver que muy difícilmente podía un obrero cambiar de posición transformándose en propietario, burgués, etc.

Hasta entonces había sido posible al aprendiz ascender a oficial y más tarde a patrón, pero el artesano había hecho ya su época y ya no era posible que sea la mochila de todo soldado de Napoleón hubiera el bastión de mariscal de Francia.

Había que hacer ver que el capital tiende siempre a concentrarse en manos de unos cuantos en detrimento de los intereses de la gran mayoría; sólo así se conseguiría que los obreros abandonando el sueño dorado del triunfo individual se inclinarian hacia las concepciones socialistas.

Aparece Marx, quien, con los otros teóricos, hace la crítica del capital desentrañando sus orígenes y mostrando su evolución. Su doctrina que pone a desnudo la formación de las grandes fortunas y la concentración de las mismas en manos de un número siempre más restringido de individuos viene a hacer caer la ilusión que el asalariado a fuerza de trabajar y ahorrar consigue algún día a salir de tal convirtiéndose

en empresario de trabajo, y al mismo tiempo esa doctrina viene a robustecer al socialismo dándole la base científico-económica que le faltaba en su nebuloso aparecer.

Desde ese momento puede considerarse constituido el Partido Socialista tal como se le entiende hoy por los que lo comprenden en toda su vasta amplitud: ideal de igualdad, de redención humana, movimiento en pro de la consecución de ese ideal y de ciertas reformas que mejoren la condición actual (de todo momento), y obra de crítica a la organización capitalista de la sociedad.

Los filósofos dieron el ideal, Marx y los teóricos hicieron la crítica, y las circunstancias determinaron el movimiento.

El socialismo estaba lanzado, tenía todo lo necesario para ir a la conquista del mundo y su apaciguación definitiva como partido político debía marcar una etapa memorable en los fastos de la historia del género humano.

Presentándose el Partido Socialista como el producto de los tres factores arriba enunciados es fácil comprender como la propaganda y el movimiento hayan girado alrededor de la crítica a la organización actual, propagación del ideal socialista y lucha por la consecución de ese ideal y de las mejoras que hagan más llevadera la vida del obrero a la espera de su liberación total.

Según los países, las circunstancias y los hombres la propaganda se ha intensificado más en una o en otra de esas modalidades. Así vemos que en algunos países se ha dado preponderancia a la explicación del ideal y a la lucha por su consecución total, girando toda la actividad socialista alrededor de una obra altamente evangélica, de idealidades y de sacrificios. En otras partes y según los hombres ha prevalecido la tendencia de dar al socialismo un carácter de movimiento hacia la obtención paulatina de reformas que mejoren las condiciones del asalariado y sin hacer mayor insistencia acerca de la finalidad, tanto que alguien podría creer justificadamente que esa clase de socialismo, al posponer de tal modo el ideal, no sea más que la avanzada de la burguesía radical y que solo piense en la revolución social como en una cosa vaga, confusa, lejana, muy lejana.....

Pero, si bien es cierto que sería muy poco positivo estar pensando todo el tiempo en la sociedad futura y en la revolución social también es cierto que olvidando en la propaganda y en la acción el otro ideal que nos guía termináramos por amoldarnos al ambiente y por renunciar a mucho, a casi todo lo que forma nuestra aspiración final.

Comprendemos que hay problemas actuales que merecen una solución próxima, pronta, problemas que no pueden esperar el correr de los años y de los lustros para ser resueltos, y es por eso que exigimos reformas que incluímos en nuestros programas mínimos y porque también comprendemos que hablando de esas parciales y urgentes conquistas atraemos las masas hacia nosotros, hacia nuestras filas, hacia nuestro credo.

Pero, por sobre los intereses del momento

a sentir la necesidad de una renección y así en efecto fué. La historia obrera de las naciones occidentales de Europa nos lo hace saber:

En Francia y en Inglaterra donde las masas de las ciudades iban adquiriendo una mayor cultura se produjeron grandes movimientos tendientes a un mejoramiento de las condiciones de las clases laboriosas. Los trabajadores comprendiendo sus intereses y su situación se lanzaron a la lucha con el fin de obtener las mejoras y las reformas deseadas sintiendo más las necesidades apremiantes del momento que la fuerza del ideal propagado por los filósofos comunistas.

Pero el problema social como que no es una cuestión de momento no podía resolverse con algunas medidas adecuadas a las circunstancias que aunque sirvan para fáciles y estramboticias soluciones no alteran el fondo del problema.

De ahí, que en los principios del movimiento obrero no hubiera verdaderas ideas definidas, lo que existía y lo que importaba sobre todo era mejorar el estado de los trabajadores. La cuestión social parecía ser más bien una cuestión de actualidad que una cuestión permanente.

**

En esas condiciones el socialismo no podía prosperar pues él es un movimiento que tiende a la transformación completa y radical de la sociedad, un movimiento que se declara enemigo de la propiedad privada y que en cambio proclama un nuevo derecho basado en la socialización de los medios de producción y en la organización eficiente de la producción misma y de la distribución.

Y como en el fondo de todo ser hay un resabio de egoísmo, mayor o menor en cada individuo, y hay también una tendencia a desenvolverse en todos los terrenos y en el económico especialmente se comprende sin mucha dificultad que la abolición de la propiedad privada fuera una perspectiva poco halagüeña para las grandes masas.

Era menester, entonces hacer ver que muy difícilmente podía un obrero cambiar de posición transformándose en propietario, burgués, etc.

Hasta entonces había sido posible al aprendiz ascender a oficial y más tarde a patrón, pero el artesano había hecho ya su época y ya no era posible que con la mochila de todo soldado de Napoleón hubiera el basión de marxista de Francia.

Había que hacer ver que el capital tiende siempre a concentrarse en manos de unos cuantos en detrimento de los intereses de la gran mayoría; solo así se conseguiría que los obreros abandonando el sueño dorado del triunfo individual se inclinarian hacia las concepciones socialistas.

Aparece Marx, quien, con los otros teóricos, hace la crítica del capital desenrañando sus orígenes y mostrando su evolución. Su doctrina que pone a desnudo la formación de las grandes fortunas y la concentración de las mismas en manos de un número siempre más restringido de individuos viene a hacer caer la ilusión que el asalariado a fuerza de trabajar y ahorrar consigue algún día a salir de tal convirtiéndose

en empresario de trabajo, y al mismo tiempo esa doctrina viene a robustecer al socialismo dándole la base científico-económica que le faltaba en su nebuloso aparecer.

Desde ese momento puede considerarse constituido el Partido Socialista tal como se le entiende hoy por los que lo comprenden en toda su vasta amplitud: ideal de igualdad, de redención humana, movimiento en pro de la consecución de ese ideal y de ciertas reformas que mejoren la condición actual (de todo momento), y obra de crítica a la organización capitalista de la sociedad.

Los filósofos dieron el ideal, Marx y los teóricos hicieron la crítica, y las circunstancias determinaron el movimiento.

El socialismo estaba lanzado, tenía todo lo necesario para ir a la conquista del mundo y su aplicación definitiva como partido político debía marcar una etapa memorable en los fastos de la historia del género humano.

**

Preseniéndose el Partido Socialista como el producto de los tres factores arriba enunciados es fácil comprender como la propaganda y el movimiento hayan girado alrededor de la crítica a la organización actual, propagación del ideal socialista y lucha por la consecución de ese ideal y de las mejoras que hagan más llevadera la vida del obrero a la espera de su liberación total.

Según los países, las circunstancias y los hombres la propaganda se ha intensificado más en una o en otra de esas modalidades. Así vemos que en algunos países se ha dado preponderancia a la explicación del ideal y a la lucha por su consecución total, girando toda la actividad socialista alrededor de una obra altamente evangélica, de idealidades y de sacrificios. En otras partes y según los hombres ha prevalecido la tendencia de girar al socialismo un carácter de movimiento hacia la obtención paulatina de reformas que mejoren las condiciones del asalariado y sin hacer mayor insistencia acerca de la finalidad, tanto que alguien podría creer justificadamente que esa clase de socialismo, al posponer de tal modo el ideal, no sea más que la avanzada de la burguesía radical y que solo piense en la revolución social como en una cosa vaga, confusa, lejana, muy lejána.....

Pero, si bien es cierto que sería muy poco positivo estar pensando todo el tiempo en la sociedad futura y en la revolución social también es cierto que olvidando en la propaganda y en la acción el alto ideal que nos guía terminaríamos por amoldarnos al ambiente y por renunciar a mucho, a casi todo lo que forma nuestra aspiración final.

Comprendemos que hay problemas actuales que merecen una solución próxima, pronta, problemas que no pueden esperar el correr de los años y de los lustros para ser resueltos, y es por eso que exigimos reformas que incluímos en nuestros programas mínimos y porque también comprendemos que hablando de esas parciales y urgentes conquistas atraemos las masas hacia nosotros, hacia nuestras filas, hacia nuestro credo.

Pero, por sobre los intereses del momen-

to ha de primar en nosotros la concepción integral del socialismo. Bienvenidas las reformas si ellas han de traer un mejoramiento en las condiciones de los trabajadores; bienvenidas las reformas si, especialmente, han de acarrear una nueva concepción de la propiedad, pero ellas no nos han de bastar porque los paliativos mejoran pero no curan y porque el problema social en toda su amplitud quedará en pie mientras la actual organización de la sociedad no sea transformada totalmente desde sus cimientos.

Y, ahora, en una época en que el socialismo hace sentir su influencia en todas partes, cuando el laborismo inglés viene hacia nosotros, cuando Lloyd George piensa en nacionalizar la tierra, cuando los Estados y los Municipios monopolizan vastas empresas, cuando los trusts coordinan la producción, y los sindicatos y las cooperativas nos enseñan las ventajas de la organización y hacen entrar el espíritu de asociación, nosotros hemos de dejar de insistir en nuestra finalidad?

No, eso no es posible, ahora más que nunca hemos de proclamar con todo entusiasmo nuestro ideal. La finalidad socialista no es una hipótesis, es una aspiración que hemos de realizar, dentro de poco o dentro de mucho, eso no importa.

Y es por eso que decimos que la obra socialista se ha de desarrollar en un terreno de lucha abierta y declarada a la organización capitalista de la sociedad. Y por la misma razón agregamos que los socialistas debemos en nuestra múltiple acción tener bien presente y en todo instante la finalidad que nos mueve.

Y en la prensa, y en la tribuna y en los parlamentos deben los socialistas proclamar bien alto el ideal, el ideal que es condenación de la sociedad presente y que es augurio de una nueva vida donde las injusticias actuales ya no existan y donde todos podremos entonar finalmente un himno de paz y de amor entre los humanos.

Renato D. Cozzi

Buenos Aires 6 de Septiembre 1912.

La burguesía clerical y el pensamiento moderno

Por fin, después de un largo sueño, de un prolongado achataamiento en esta ciudad de las catacumbas y de las torres, se ha sentido un rumor... rumor de vida, rumor de agitación, rumor de lucha, un núcleo de estudiantes universitarios ha iniciado una serie de conferencias públicas, tendentes a instruir al pueblo, que, numeroso y entusiasta, concurre a escuchar la palabra revolucionaria, impregnada de filosofía moderna, eruida, vibrante, y llena de entusiasmo de los jóvenes oradores.

La prensa burguesa, alarmada, escandalizada, absorta ante el avance, no sabiendo qué decir, ha esgrimido el arma que le es propia: el insulto. De «brutos» ha motejado a los estudiantes, y de «canallas insistentes» a los socialistas. No es ésto todo. Dice que los diputados socialistas tienen la culpa de que la juventud se extravie y arrastre por el

fango a la turba muña e inconsciente. ¡Oh! ¡qué bello gesto de nuestra aristocracia! ¡Como se trata a un niño, está fiamente retrada la chusma de levita; se sienta en esa prorsia...

«Canallas, ¡insolentes! ¡Tan solo eso, no, somos, además, incendiarios, asesinos, corrompemos las buenas costumbres, desgalciamos la sociedad, y atacamos la moral (se olvidó la prensa aristocrática). Vay a de chiselo porque somos todo eso.

Reclamamos, en primer lugar, libertad para los oprimidos; pedimos orden; queremos una sociedad justa; anhelamos la paz y el amor entre los hombres.

«Somos asesinos? Talvez... Bien sabe esa prensa que tenemos una esposa—que es como una ala de luz—que sabemos pronunciada en sus flancos: la idea. Hemos proclamado la Justicia en todas partes; hemos legado hasta el vicio y rompiendo sus vendas, hemos sanado el tronco de los despojos; vendamos las heridas del pasado y enjugamos sus lágrimas...

Somos la canalla, la chusma insolente, porque anatematizamos al que explota sin consideración y usurpa los derechos de la clase desheredada; corrompemos las buenas costumbres porque amparamos a los niños, porque llevamos el consuelo al presidiario y le incitamos a Bien. Somos la glosa, la turba multa incoherente y despreciable, porque hemos ojeado algunos libros que nos han enseñado que la Verdad se encuentra en la investigación científica y no proscribiéndose ante ídolos de barro.

Ahora bien: ¿Quiere saber esa prensa, quienes son los canallas, los insolentes y miserables?

Los que disfrutan del producto del trabajo ajeno; los que espantan en la necesidad, en el hambre y hasta en la vida de sus semejantes; los que prostituyen el hogar, oscureciendo las conciencias, para poseer, más fácilmente, saciar sus apetitos inextinguibles; los que predicán el Bien y practican el Mal; los que consumen todo y no producen nada; los que prevencan por una sonrisa y un saludo; los traficantes del templo; los que se elevan a base de honra; los falsos propagadores de la doctrina de Jesús... ¿Quiere más? no; no hay necesidad; basta con lo dicho.

F. Salomone Dávila, Córdoba, Septiembre 1912.

Miserias humanas

No se puede explicar en breves líneas las energías que se gastan por la mayoría del pueblo, en el vicio, el juego y la prostitución.

Unese el amparo de la policía que en vez de contrarrestar los autores de corrupción, los fomenta directa y parcialmente.

Un hecho, de los tantos que ocurren bastará para ilustrar.

Una tarde ví que una mujer llamaba con insistencia al comisario que en esos instantes pasaba por ahí. El se dirigió lo más tranquilo hacia el sitio de llamada.

Era una pulpería. Un ídol sucio, un estante con varias botellas, un pequeño mes-

trador que balanceaba al empuje de los borrachos. En el patio se encontraba la «cuerda» y un grupo de individuos, que hacen sus gritos desatendidos.

Varios momentos, carnes democráticas y patrióticas, fruto del vicio y de la corrupción era lo que se recibía.

Al rato el comisario pone la mano en el bolsillo y le da un golpe al que tira a pedras. Pagado, fue la contestación.

Me quedé fijo, creía que procedería dentro de unos minutos que aquí está todo por verterlo, desde el comisario hasta el último pedron.

La mujer de los grandes gritos, servía mate al comisario, como si fuera el punto de la libertad de jugar.

Una serie de ideas pasaron por mi mente y me puse a pensar en esos hombres y costumbres que constituyen una remora para el progreso y civilización, contra los cuales el socialismo tiene que luchar.

El juego según su monotonía. La tarde obscura, y la mujer, una robota a vieques, pero que en su cara se muestran los estigmas del vicio, servía mate a sus señores parroquianos.

De repente oigo un fuerte grito. Era el comisario que decía: «Aquí no se juega más; se levanta la justicia. Aquí se juega entre gente decente y no entre pedroncosos!»

O servía la causa de vicio y era porque un humilde paisano me había llamado a un juego. El paisano dijo: «¡Bueno, bueno, me voy!»

El juego seguía no más, sin embargo, quedaba un ambiente de silencio y tristeza.

Me retiré de ese ambiente cubierto de polvo y silencio en que había estado.

Y mientras en la calle me dirigía al punto de origen de la feria Pantoja, mi corazón palpitaba en la desesperación de estos males por el progreso incesante del mundo que marcha hacia el Socialismo.

G. René Acha, Mérida.

J. Renar.

Notas Internacionales

BELGICA

Después del 2 de Junio.

El resultado de las elecciones del 2 de Junio de 1912 en Bélgica, ha cambiado completamente la política del Partido Obrero. El 10 de Junio los obreros belgas entraron en una nueva época de progreso moderado y pacífico que debía surgir del bloe liberal-socialista. La política del Partido durante los últimos 10 años, con su moderación, con su inclinación hacia la reconciliación de las clases, con el acercamiento a los liberales que llegó hasta la unión indefectible con ellos; —debió asegurar la derrota de los clericales y llevar al poder al bloe, bajo el cual, según Vandervelde, una democracia debía florecer.

Estas ilusiones desaparecieron completamente el 3 de Junio. Un día después de las elecciones todos comprendieron que, era imposible quebrantar el poder de los clericales, si no se tocara la base de este poder, el

sistema de sufragio privilegiado. Además, los obreros se convencieron que en la lucha contra ese sistema no podían contar con aquella parte del liberalismo que ve en él el único medio para defender sus privilegios de clase; que podían solo fiar en su propia fuerza que tiene su expresión más real en la huelga general política. Y el último Congreso confirmó con su resolución el anhelo general; y ahora todo el Partido está ocupado en preparar esa huelga, o, como lo expresa nuestra prensa burguesa, los candidatos a ministros se convirtieron en dirigentes de rebeldía, de gran completo.

¿De donde proviene este cambio?

Para todos es obvio que las últimas elecciones constituyen una derrota completa de la política del bloe. En el momento decisivo una parte considerable de los liberales desertó de él, retrocediendo ante las consecuencias de una política que debía llevar al poder una coalición en la cual los socialistas serían la parte más fuerte, y mejor organizada.

El aumento de votos de los clericales se debe a la actitud de los liberales. Allí donde los socialistas luchaban independientemente en las elecciones, los resultados son bien favorables para ellos. De los cinco mandatos obtenidos, 3 provienen de ciudades (Bruse-las, Mons, Lutich) donde no existía el bloe.

Y esto solo basta para desmentir la opinión de la prensa liberal según la cual, la victoria de los clericales se debe al fraude y corrupción que emplearon especialmente por el gobierno. Ciertamente, que el clericalismo ha hecho todo lo imaginable; pero así ha sido siempre, y un poco más de corrupción no podía tener consecuencias tan fatales. De todos modos, de este punto de vista queda inaplicable, porque únicamente los liberales y el bloe han sufrido las consecuencias de la corrupción. ¿Porque no ha sido afectado de este mal el Partido Obrero allí donde se presentó solo a las elecciones?

El 2 de Junio es una derrota del liberalismo y del bloe antiliberal, pero no significa una derrota para el P. O. y el socialista.

La causa de la derrota del bloe es la contradicción que encierra y la imposibilidad del mismo. En el momento en que epodían vencer debían necesariamente ser vencido. Por eso Vandervelde tiene razón, hablando no solo de una derrota del bloe sino de su bancarota moral (que fallite moral). Por eso el desdichado del bloe es «definitivo».

«No hay quien piense en repetir el experimento». Nuestros compañeros reformistas que nada quieren aprender de la teoría, sino todo de los hechos, realmente han aprendido algo, aunque lo mismo que hubieran podido aprender antes de la tan despreciada teoría.

En Noviembre la fracción presentará un proyecto de reforma de la constitución con el pedido del sufragio universal que será apoyado, si fuere necesario, por una obstrucción en el parlamento, una agitación constante fuera del parlamento y en el momento oportuno con la huelga general, la que se está preparando en un Comité de Acción.

No podemos decir nada de las consecuencias de esa campaña. Pero desde ya podemos afirmar que ella trae nuevos rumbos en la

vida política de Bélgica. El clericalismo ya está tratando de dejar de lado su carácter confesional, para convertirse como lo expuso el primer ministro De Broqueville en un partido «nacional», es decir inter-confesional; que abrazará todos los elementos conservadores. La crisis dentro del Partido liberal solo puede fomentar este propósito. La lucha futura probablemente obligará a los elementos conservadores formar un bloe reaccionario, y puede facilitar un acercamiento de los elementos democráticos del clericalismo y liberalismo a los socialistas. Cualesquiera que sean las formas que tomarán esas tendencias, esperamos, que robustecerán nuestras organizaciones y la conciencia de clase de nuestros obreros.

Enrique de Man.

(Traducción de C. Tisseu).

CUESTIONES INTERNAS

Sobre la actitud del Centro de Laboulaye

A raíz de nuestra crítica hecha en el número anterior al Centro de Laboulaye, por su actitud en las elecciones del 1.º de Septiembre, dicho Centro nos remite una extensa carta por la que manifiesta las causas que la motivaron.

Nos parece que esta carta lejos de justificar su actitud, viene a reforzar nuestras consideraciones.

Comienza por declarar que esperaba «esas críticas que son lógica consecuencia de la reforma introducida al art. 5.º de los Estatutos en el último Congreso, reforma que la cual se pronunció la delegación de este Centro y una gran parte del elemento desolante (1) del Partido».

Por de pronto nosotros creemos que nada tiene que ver el asunto que nos ocupa con el artículo 5.º. El se refiere a pactos con otras fracciones, y en cambio el art. 6.º se refiere a intervenciones, como la que ha realizado.

Creemos que a pesar de no habernos proclamado candidato propio por razón de que «no quería repetir la ridícula (sic) situación del 7 de Abril, en la que por sujeción a la táctica y a la disciplina, apareció proclamando candidato que no reunían la suma de condiciones necesarias para aspirar a la representación parlamentaria del Partido, y obteniendo 77 votos donde habían sufragado 42.000 electores, podían no intervenir en trabajos ajenos, y no estamos de acuerdo cuando dice que «al fiscalizar las elecciones en representación del candidato radical no defendíamos pues intereses ajenos, sino los nuestros propios».

No vemos las razones de la defensa de nuestros intereses, pero el Centro de Laboulaye, que según parece desprenderse de la carta, muestra cierta actividad al Partido Radical, los ve y nos los presenta.

En efecto, ¿no nos podíamos permanecer indiferentes a la lucha porque anhelamos libertad, porque queremos desarrollar nuestro programa de acción socialista sin tener pendiente sobre la cabeza la espada de Damocles y porque con el triunfo del Partido Radical nace una esperanza: la de

que la honradéz administrativa sea un hecho.

Más adelante agrega: «propender al triunfo del Radicalismo, en cambio restarle el concurso socialista era ayudar implícitamente a la oligarquía, y por decoro, hasta por nuestra tranquilidad no debemos a sabiendas hacernos cómplices de los de-entadores de la hacienda, de la justicia y del derecho, por ceder únicamente a la influencia de un pruri o de amor propio, más que de táctica o disciplina».

«Los radicales estarán tan distantes — continúa — como se quiera de nuestros intereses y de nuestra obra, pero aquí, en este momento trascendental, pese a todos los argumentos (!!) de «Palabra Socialista» estamos íntimamente vinculados a ellos por un ideal común y ese vínculo que está por encima de las resoluciones inconsultas de la minoría (!!!) de un Congreso no «des- truiríamos nosotros mismos, sino adelantando de nuestros sanos propósitos de honesta política».

No vemos en todo ésto nada que señale un interés al Partido, eso sí lo que vemos es una negación del concepto que informa a nuestra acción política, y una cruel ironía hacia la mayoría y no la minoría que ha tenido un gran título político en el último Congreso y que salvará al Partido de muchos errores.

No creemos como el Centro de Laboulaye en el Partido Radical, ni en ningún partido burgués, y menos sostener el criterio de ese centro cuando dice: «nada más lógico entonces que el Centro Socialista que no pesa aún en la balanza de las fuerzas de la opinión, reclame su modesto contingente a un Partido con el que hay similitud de aspiraciones». Y menos aún cuando afirma: «No puede darse el caso de que nuestros votos sean decisivos en el resultado de una elección? ¿Y no sería vergonzoso que por aferrarnos a un criterio estrecho manteniéndonos en un círculo de hierro, fuéramos causa del triunfo del clericalismo?»

Como se ve el criterio «práctico» de los de Laboulaye (y quizás también del «elemento desolante» de nuestro Partido), no solo ha descubierto similitud de aspiraciones entre el partido de los trabajadores y el partido radical-conservador, sino que encuentra muy lógico que los socialistas, — en defensa de la libertad y de otras necesidades que ya sabemos como las encaran los radicales,—mientras no tengan influencia en la opinión, voten para que se sustituya un oficialismo con otro.

Bajo tan pobre concepto de la misión socialista, sólo se concibe tal confianza y tal fe en las virtudes históricas de grupos políticos ajenos, de oposición transitoria y superficial, pues las necesidades de la clase trabajadora—cuya representación encarna el Partido Socialista—reclaman una acción entemtenem e de clase, claramente definida alejada de amalgamas incoherentes.

Nos dice, además, para rebajar nuestro cargo que: «el Partido Radical no...» aquí ningún trabajo electoral, por lo tanto no hubo en que intervenir. No hubo tampoco pacto ni coalición con él y solo ha mediado el pedido de fiscalización».

Para nosotros fiscalizar la elección y per-

manecer el candidato...

«Como se trata a un niño, está fiamente retrada la chusma de levita; se sienta en esa prorsia...

«Canallas, ¡insolentes! ¡Tan solo eso, no, somos, además, incendiarios, asesinos, corrompemos las buenas costumbres, desgalciamos la sociedad, y atacamos la moral (se olvidó la prensa aristocrática). Vay a de chiselo porque somos todo eso.

Reclamamos, en primer lugar, libertad para los oprimidos; pedimos orden; queremos una sociedad justa; anhelamos la paz y el amor entre los hombres.

«Somos asesinos? Talvez... Bien sabe esa prensa que tenemos una esposa—que es como una ala de luz—que sabemos pronunciada en sus flancos: la idea. Hemos proclamado la Justicia en todas partes; hemos legado hasta el vicio y rompiendo sus vendas, hemos sanado el tronco de los despojos; vendamos las heridas del pasado y enjugamos sus lágrimas...

Somos la canalla, la chusma insolente, porque anatematizamos al que explota sin consideración y usurpa los derechos de la clase desheredada; corrompemos las buenas costumbres porque amparamos a los niños, porque llevamos el consuelo al presidiario y le incitamos a Bien. Somos la glosa, la turba multa incoherente y despreciable, porque hemos ojeado algunos libros que nos han enseñado que la Verdad se encuentra en la investigación científica y no proscribiéndose ante ídolos de barro.

Ahora bien: ¿Quiere saber esa prensa, quienes son los canallas, los insolentes y miserables?

Los que disfrutan del producto del trabajo ajeno; los que espantan en la necesidad, en el hambre y hasta en la vida de sus semejantes; los que prostituyen el hogar, oscureciendo las conciencias, para poseer, más fácilmente, saciar sus apetitos inextinguibles; los que predicán el Bien y practican el Mal; los que consumen todo y no producen nada; los que prevencan por una sonrisa y un saludo; los traficantes del templo; los que se elevan a base de honra; los falsos propagadores de la doctrina de Jesús... ¿Quiere más? no; no hay necesidad; basta con lo dicho.

F. Salomone Dávila, Córdoba, Septiembre 1912.

Miserias humanas

No se puede explicar en breves líneas las energías que se gastan por la mayoría del pueblo, en el vicio, el juego y la prostitución.

Unese el amparo de la policía que en vez de contrarrestar los autores de corrupción, los fomenta directa y parcialmente.

Un hecho, de los tantos que ocurren bastará para ilustrar.

Una tarde ví que una mujer llamaba con insistencia al comisario que en esos instantes pasaba por ahí. El se dirigió lo más tranquilo hacia el sitio de llamada.

Era una pulpería. Un ídol sucio, un estante con varias botellas, un pequeño mes-

trador que balanceaba al empuje de los borrachos. En el patio se encontraba la «cuerda» y un grupo de individuos, que hacen sus gritos desatendidos.

Varios momentos, carnes democráticas y patrióticas, fruto del vicio y de la corrupción era lo que se recibía.

Al rato el comisario pone la mano en el bolsillo y le da un golpe al que tira a pedras. Pagado, fue la contestación.

Me quedé fijo, creía que procedería dentro de unos minutos que aquí está todo por verterlo, desde el comisario hasta el último pedron.

La mujer de los grandes gritos, servía mate al comisario, como si fuera el punto de la libertad de jugar.

Una serie de ideas pasaron por mi mente y me puse a pensar en esos hombres y costumbres que constituyen una remora para el progreso y civilización, contra los cuales el socialismo tiene que luchar.

El juego según su monotonía. La tarde obscura, y la mujer, una robota a vieques, pero que en su cara se muestran los estigmas del vicio, servía mate a sus señores parroquianos.

De repente oigo un fuerte grito. Era el comisario que decía: «Aquí no se juega más; se levanta la justicia. Aquí se juega entre gente decente y no entre pedroncosos!»

O servía la causa de vicio y era porque un humilde paisano me había llamado a un juego. El paisano dijo: «¡Bueno, bueno, me voy!»

El juego seguía no más, sin embargo, quedaba un ambiente de silencio y tristeza.

Me retiré de ese ambiente cubierto de polvo y silencio en que había estado.

Y mientras en la calle me dirigía al punto de origen de la feria Pantoja, mi corazón palpitaba en la desesperación de estos males por el progreso incesante del mundo que marcha hacia el Socialismo.

G. René Acha, Mérida.

J. Renar.

Notas Internacionales

BELGICA

Después del 2 de Junio.

El resultado de las elecciones del 2 de Junio de 1912 en Bélgica, ha cambiado completamente la política del Partido Obrero. El 10 de Junio los obreros belgas entraron en una nueva época de progreso moderado y pacífico que debía surgir del bloe liberal-socialista. La política del Partido durante los últimos 10 años, con su moderación, con su inclinación hacia la reconciliación de las clases, con el acercamiento a los liberales que llegó hasta la unión indefectible con ellos; —debió asegurar la derrota de los clericales y llevar al poder al bloe, bajo el cual, según Vandervelde, una democracia debía florecer.

vida política de Bélgica. El clericalismo ya está tratando de dejar de lado su carácter confesional, para convertirse como lo espuso el primer ministro De Broqueville en un partido «nacional», es decir inter-confesional; que abrazará todos los elementos conservadores. La crisis dentro del Partido liberal no puede fomentar este propósito. La lucha futura probablemente obligará a los elementos conservadores formar un bloc reaccionario, y puede facilitar un acercamiento de los elementos democráticos del clericalismo y el liberalismo a los socialistas. Cualesquiera que sean las formas que tomarán esas tendencias, esperamos, que robustecerán nuestras organizaciones y la conciencia de clase de nuestros obreros.

Enrique de Man.
(Traducción de C. Tizcu).

QUESTIONES INTERNAS

Sobre la actitud del Centro de Laboulaye

A raíz de nuestra crítica hecha en el número anterior al Centro de Laboulaye, por su actitud en las elecciones del 1.º de Septiembre, dicho Centro nos remite una extensa carta por la que manifiesta las causas que la motivaron.

Nos parece que esta carta lejos de justificar su actitud, viene a reforzar nuestras consideraciones.

Comienza por declarar que esperaba esas críticas que son lógica consecuencia de la reforma introducida al art. 5.º de los Estatutos en el último Congreso, reforma contra la cual se pronunció la delegación de este Centro y una gran parte del elemento desecularista (!) del Partido.

Por de pronto nosotros creemos que nada tiene que ver el asunto que nos ocupa con el artículo 5.º. El se refiere a pactos con otras fracciones, y en cambio el art. 6.º se refiere a intervenciones, como la que ha realizado.

Creemos que a pesar de no habernos llamado candidato propio por razón de que no quería repetir la fórmula (sic) siamaca del 7 de Abril, en la que por sujetarse a la disciplina y a la disciplina, apareció proclamando candidato a un grupo que no reunía las sumas de condiciones necesarias para aspirar a la representación parlamentaria del Partido, y obteniendo 77 votos donde habían sufragado 42.000 electores, podían no intervenir en trabajos agenos, y no estamos de acuerdo cuando dice que «al fiscalizar las elecciones en representación del candidato radical no defendíamos pues intereses agenos, sino los nuestros propios».

No vemos las razones de la defensa de nuestros intereses, pero el Centro de Laboulaye que según parece desprenderse de la carta, muestra cierta afectividad al Partido Radical, los ve y nos los presenta.

En efecto, dice uno podíamos permanecer indiferentes a la lucha porque anhelamos libertad, porque queremos desarrollar nuestro programa de acción socialista sin tener pendiente sobre la cabeza la espada de Damocles y porque con el triunfo del Partido Radical nace una esperanza: la de

que la honradéz administrativa sea un hecho.

Más adelante agrega: «aprender al triunfo del Radicalismo, había sido avanzar hacia nuestro triunfo en cambio restarle el concurso socialista era ayudar implícitamente a la oligarquía, y por decoro, hasta por nuestra tranquilidad no debemos a sabiendas hacernos cómplices de los detentadores de la hacienda, de la justicia y del derecho, por ceder únicamente a la influencia de un priuro de amor propio, más que de táctica o disciplina».

«Los radicales estarán tan disantes — continúa — como se quiera de nuestros intereses y de nuestra obra, pero aquí, en este momento trascendental, pese a todos los argumentos (!!) de «Palabra Socialista» estamos ineluctablemente vinculados a ellos por un ideal común y ese vínculo que está por encima de las resoluciones inconscultas de la minoría (!!!) de un Congreso no lo destruíamos nosotros mismos, sino abdicando de nuestros sanos propósitos de honesta política».

No vemos en todo esto nada que señale un interés al Partido, eso si lo que vemos es una negación del concepto que informa a nuestra acción política, y una cruel ironía hacia la mayoría y no la minoría que ha tenido un gran timo político en el último Congreso y que salvará al Partido de muchos errores.

No creemos que el Centro de Laboulaye en el Partido Radical, ni en ningún partido burgués, y menos sostener el criterio de ese centro cuando dice: «nadá más lógico entonces que el Centro Socialista que no pesa aún en la balanza de las fuerzas de la opinión, recuete su modesto contingente a un Partido con el que muy similitud de aspiraciones». Y menos aún cuando afirma: «No puede darse el caso de que nuestros votos sean decisivos en el resultado de una elección? ¿Y no sería vergonzoso que por adherirnos a un criterio estrecho manteniéndonos en un círculo de hierro, fuéramos causa del triunfo del oficialismo?»

Como se ve el criterio «práctico» de los de Laboulaye (y quizás también del «elemento desecularista» de nuestro Partido), no sólo ha descubierta similitud de aspiraciones entre el partido de los trabajadores y el pseudo partido radical-conservador, sino que encuentra muy lógico que los socialistas, — en defensa de la libertad y de otras necesidades que ya sabemos como las encaran los radicales, — mientras no tengan influencia en la opinión, voten para que se subsituya un oficialismo con otro.

Bajo tan pobre concepto de la misión socialista, sólo se concibe tal confianza y tal fe en las virtudes históricas de grupos políticos amorfos, de oposición transitoria y superficial, pues las necesidades de la clase trabajadora — cuya representación encarna el Partido Socialista — reclaman una acción eminentemente de clase, claramente definida atajada de amalgamas incoherentes.

Nos dice, además, para rebatir nuestro cargo que: «el Partido Radical no —zo aquí ningún trabajo electoral, por lo tanto no hubo en que intervenir. No hubo tampoco pacto ni coalición con él y solo ha mediado el pedido de fiscalización».

Para nosotros fiscalizar la elección y per-

manecer diez horas de pie en el comicio por el candidato radical en buen castellano y simple lógica socialista y no artificio legalístico, es intervenir o hacer un trabajo electoral en favor de un candidato o Partido, cualquiera que sea.

«Hace éste es faltar a la táctica y disciplina socialista señalada en el art. 6; táctica y disciplina de la que «Palabra Socialista» y todos los socialistas (sin adjetivos) se muestran y deben mostrarse sensatos partidarios, para evitar que nuestro Partido llegue a marchar del brazo, en la lucha contra la oligarquía y los privilegios, con agrupaciones y hombres que ni siquiera aceptarían los principios de democracia. Aunque en esta forma los socialistas no pesen en la balanza electora y no obtengan, por ende, puestos legislativos, no se afilian los compañeros de Laboulaye. También aquí, en la Capi al Federal, antes de triunfar, hemos obtenido pocos votos, y éstos, después de seguir bregando con tenacidad, han aumentado singularmente. El triunfo socialista deben responder, no por meras razones de puritanismos, sino por necesidades permanentes y fundamentales que nacen de las características de la lucha del Partido, a la conciencia del pueblo y no a combinaciones confusas y oportunistas».

Opiniones Equívocas

Con éste mismo título prometíamos, en nuestro número anterior, ocuparnos de ciertas opiniones vertidas por nuestro colega «Progreso» de la Boca, las que juzgamos muy en desacuerdo con el carácter que ostenta dicho semanario.

La tiranía del espacio que nos obligó a aplazar esta réplica, s'que pesando sobre nosotros, y nos impone plantearla en la forma más concisa posible.

A modo de reformas al programa mínimo de nuestro Partido, inserta «Progreso» cinco opiniones; que son citas tanas negaciones de nuestros principios y aspiraciones socialistas.

Aluga por la supresión del inciso c) del art. 2 de nuestros Estatutos, que dice, «Municipalización de los servicios públicos», y en pró de su tesis, no se le ocurre otro argumento que, el de que la falta de austeridad, la negligencia y la impureza de nuestros empleados públicos transformarían estos servicios municipalizados, en peores condiciones de utilidad pública que «explotados por empresas capitalistas».

Es ingénuo la deducción de «Progreso», pues tras confundir nuestro programa mínimo, que es la aspiración a realizar, posible, dentro del régimen burgués, con una simple plataforma electoral, que sólo consulta la obra del momento, no se le ocurre otra cosa que borrar una de nuestras más importantes y factibles aspiraciones inmediatas, ante el peligro inconsulto que surgiera la actualidad oligarquiaca.

Para «Progreso» pasa, sin duda, desapercibida la evolución que se opera en nuestras prácticas político administrativas merced a la influencia ejercida por el pueblo elector; influencia que siguiendo su marcha, que va progresivamente acelerada, purificará el ejercicio y la dotación de éstos empleos con

tanta o más facilidad que ejecutar la municipalización de los servicios públicos.

Aconseja asimismo, «Progreso», suprimir de nuestro programa la parte que dice: «Aplicación preferente de los recursos del Estado al desarrollo de la instrucción primaria»...

La argumentación, basada, simplemente, en el desatregio de nuestras calles y en sus inundaciones frecuentes que interrumpen la asiduidad al colegio de nuestros niños...

Sin duda ignora «Progreso» que en países europeos, como en Alemania, y hasta en varios puntos de España, existen en pleno camino, hermosas colonias escolares...

Sin duda, más que esto, preocupan a «Progreso» las reformas urbanas que aumentan el valor de la propiedad individual.

Supresión de la parte que dice «jornada máxima de 8 horas para los adultos», es otra de las modificaciones que a nuestro programa propone el colega.

Esta opinión que formulada por «La Prensa» u otro burgués, no distiende nuestra atención, verídica por «Progreso», la revoque para replicarle, que no solo es la jornada de 8 horas la aspiración del proletariado universal...

Supresión de la parte que dice «Abolición del trabajo a desajajo», es otro de los deseos de «Progreso», y lo es cuando el caso no está en que dicho semanario, a la manera de ciertos reformistas del socialismo...

Aparte de que esto encierra un rarísimo error, pues que en todos los casos el trabajo a desajajo solo beneficia exclusivamente a los patronos...

La información que de ésta clase de trabajo hiciera, no ha mucho, el Departamento Nacional del Trabajo, a falta de otra mejor observación, es un dato muy sugestivo que no ha sabido o querido recoger «Progreso».

Pero donde la precocidad del semanario nos deja estupefactos, es al pretender agarrar la parte que dice «responsabilidad de los patronos y garantía del Estado en los accidentes del trabajo»...

Jamás legislación alguna de los gobiernos capitalistas incurrieron en semejante sutileza. En todos se ha considerado, justamente, al accidente y en su totalidad...

Si los inspiradores de tales reformas fueran obreros o al menos estuviesen en más relación con ellos, no dudamos tendrían nociones más exactas...

Y al arribar, y al manifestar éstas conclusiones, creemos abonar, y no poco, en favor de quienes rebatimos.

Movimiento Socialista Centro de La Plata

Este centro ha resuelto presentar a la consideración del próximo Congreso del Partido, un nuevo proyecto de reformas de los estatutos...

TRIBUNA LIBRE

Los nuevos émulos de Loyola

Los reptiles también llegan a la cumbre... pero llegan a la fuerza de arrastrarse...

Los despedidos de «La Confusión Obrera», a través de un desahogo sindical loyolista, declaran que no les parece ofensivo el mote de sindicalistas criollos...

¡Claro, pues! ¿Cómo pueden ofenderse de que les comparen a esos criollos habidosos en tramoyas político-electorales...

En tal forma están acostumbrados esos nuevos émulos de Loyola a obrar como los

clericales, a no tomar en cuenta los argumentos del contrincante, que nos felicitan calurosamente porque, para evidenciar los fundamentos de nuestras observaciones...

Peró, dejando sus «vivezas» a un lado, ¿es tan grande su egoísmo, señores confusionalistas, que no les consiente adquirir la cultura que precisan para discutir sin recurrir a la calculada mistificación?

Mariano Luna.

AGLARACIÓN

Ciudadano Redactor de Palabra Socialista:

El domingo 8 de Septiembre, durante la conferencia organizada por la Juventud Socialista, en el Parque de los Patricios...

19. Yo dije y reafirmé que es necesario fomentar el movimiento juvenil socialista, especialmente en este país donde existe un atraso...

20. El ciudadano nombrado, saliendo completamente de tema, citó el caso Ferri dando a creer al público que yo era partidario de él...

30. El precitado ciudadano dijo también con un cierto aire de fastidio que antes de hablar es necesario afianzar al Partido y «trabajar por el proletariado»...

además que «no quería crearme en mala fe al entender lo contrario, y la indirecta me la envió de todos modos»...

Hago ésta declaración para que los jóvenes socialistas que asistieron a la conferencia y que pudieron haber sido convencidos por la interpretación dada a mis palabras...

Amadeo Zeme.

Septiembre 1912.

Al final de la jornada

Diariamente hablando con mis compañeros de trabajo, notamos que al finalizar la jornada de ocho horas, nos hallamos con muy poca disposición para ir durante las horas de «libertad» a tal o cual parte...

Si el hombre trabajador, se halla fatigado

BOLETIN DE «PALABRA SOCIALISTA» DE PABLO LAFARGUE

EL IDEAL SOCIALISTA

elutaba sus adeptos en los centros instructivos de la burguesía. Era utópico; por eso fué socialismo de los intelectuales.

Más precisamente porque era utópico, los obreros, en lucha constante con los patronos por el salario y las horas de trabajo, sospechaban de él. No podían comprender bien un socialismo que condenaba las huelgas...

Marx y Engels tomaron el Socialismo en el punto donde lo habían dejado los grandes utópicos; pero en vez de poner en tortura sus cerebros para inventar una organización del trabajo...

La producción era enorme y, como ya habían previsto Fourier y Saint-Simon, con ella se podía atender con abundancia a las necesidades normales de todos los miembros

después de una labor de ocho horas, es justo reconocer que durante esas ocho horas de trabajo, éste gasta más energías vitales que las que produce su organismo durante el descanso de las diez y seis horas...

La carestía de la vida en Buenos Aires, hace que las familias obreras no puedan adquirir lo sano y necesario para su alimentación, y naturalmente ésta falta de nutrición tiene que traer por lógica natural, una debilidad que imposibilita al individuo para el trabajo de larga duración...

Estas verdades dichas en forma ruda, no dejan en su fondo de reflejar una luz bastante clara, aunque para nuestras autoridades científicas y burguesas sean problema obscuro.

Está visto y probado que los trabajadores pocos podrán esperar para su beneficio de esa gente, y por lo tanto, no quiero terminar éste artículo sin recomendarles el organizarse en su correspondiente sociedad de oficina.

Un conjunto de hombres organizados y conscientes será en todo momento una fuerza muy poderosa para lograr una mejoría necesaria.

de la sociedad. Por primera vez en la historia se manifestaba una potencia productiva que hacía posible la reintroducción del comunismo, es decir, la igualdad en la participación de las riquezas sociales...

La máquina ha reemplazado la producción individual de la pequeña industria por la producción comunista de la fábrica; pero la propiedad de los medios de trabajo continúa siendo individual como en los tiempos de la pequeña industria.

El problema social que plantea la producción mecánica se resolverá de la misma forma que se resolvieron los problemas sociales planteados por los precedentes métodos de producción, precipitando la evolución comandada por las fuerzas económicas...

El comunismo de los socialistas contemporáneos no emana, como el de tiempos pa-

Si la miseria... La... en la... cosa... la... concien... Por... camp... nización... Pen... tro pe... haer

Buenos

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

Inspe

además que no quería crearme en mala fe, dió a entender lo contrario, y la indirecta me la envió de todos modos. Pero se ha equivocado, porque debe saber dicho ciudadano que estoy afiliado al Partido y que pertenezco a la sección del Norte, y debe saber también que como pobre trabajador socialista convencido, he siempre trabajado y me he sacrificado por el Partido en Italia como también en la Argentina. Creo que no era necesario ir a decir semejantes pavaditas en la plaza pública.

Hago ésta declaración para que los jóvenes socialistas que asistieron a la conferencia y que pudieren haber sido convencidos por la interpretación dada a mis palabras por Muzzilli, no me crean de mala fe.

Quisiera contestar a algunas palabras insultantes que Muzzilli se tomó la libertad de decir en la conferencia citada, pero no quiero demostrarle que tengo educación.....

Termino al grito de Viva la Juventud Socialista Internacional!

Amadeo Zeno.

Septiembre 1912.

Al final de la jornada

Diariamente hablando con mis compañeros de trabajo, notamos que al finalizar la jornada de ocho horas, nos hallamos con muy poca disposición para ir durante las horas de libertad a tal o cual parte. Es entonces que creo que aún la misma jornada de ocho horas de trabajo es excesiva para nuestra pobre humanidad.

Si el hombre trabajador, se halla fatigado

después de una labor de ocho horas, es justo reconocer que durante esas ocho horas de trabajo, éste gasta más energías vitales que las que produce su organismo durante el descanso de las diez y seis horas. Es entonces inhumano éste estado de cosas, y mucho más aún cuando sabemos que el gran ejército de productores está compuesto también de niños y mujeres, que durante una larga jornada de nueve o diez horas, gastan su juventud, explotados en fábricas y talleres, en malsanos, con un salario de hambre para afrontar las miles necesidades de la miserable vida que van pasando.

La carestía de la vida en Buenos Aires, hace que las familias obreras no puedan adquirir lo sano y necesario para su alimentación, y naturalmente ésta falta de alimento nutritivo tiene que traer por lógica natural, una debilidad que imposibilita al individuo para el trabajo de larga duración, como el que hoy se efectúa en las fábricas y talleres.

Estas verdades dichas en forma ruda, no dejan en su fondo de reflejar una luz bastante clara, aunque para nuestras autoridades científicas y burguesas sean problema obscuro.

Está visto y probado que los trabajadores pocos podrán esperar para su beneficio de esa gente, y por lo tanto, no quiero terminar este artículo sin recomendarles el organizarse en su correspondiente sociedad de oficio.

Un conjunto de hombres organizados y conscientes será en todo momento una fuerza muy poderosa para lograr una mejoría necesaria.

Si hasta hoy el proletariado vivió en la miseria, es la culpa de su propio descuido. La clase burguesa poco hará en favor de la clase trabajadora, porque al hacer algo en bien de ésta, ella misma se perjudica, cosa ésta que hasta los ciegos lo ven. Sólo haría algo si una fuerza organizada y conciente la obligara a ello.

Por eso yo pienso de que cuando en el campo del trabajo haya conciencia y organización, habrá justicia y bienestar.

Pensemos todos en esto, hasta que nuestro pensamiento tenga la virtud moral de hacer real lo que hoy sólo imaginamos.

J. Hitta.

Buenos Aires, 9/9/12.

Lo que se impone

Inspección del trabajo por la clase trabajadora y responsabilidad criminal de los patronos en casos de accidente, son dos aspiraciones que deben constar en el programa mínimo de nuestros estatutos, y que aún sin constar, debieron haber preocupado a nuestros diputados, hasta incluirlos en sus respectivos proyectos de ley.

No es, no puede ser la única aspiración de la clase trabajadora la de percibir una indemnización que le ponga a cubierto de sus necesidades en casos de accidente, sino la de preservarse en la forma más absoluta posible de ellos.

FOLLETIN DE «PALABRA SOCIALISTA» DE PABLO LAFARGUE

EL IDEAL SOCIALISTA

claraba sus adeptos en los centros instructivos de la burguesía. Era utópico; por eso fué socialismo de los intelectuales.

Más precisamente porque era utópico, los obreros, en lucha constante con los patronos por el salario y las horas de trabajo, sospechaban de él. No podían comprender bien un socialismo que condenaba las huelgas y la acción política y que tenía la pretensión de armonizar los intereses del capital y del trabajo, del explotador y del explotado (1) y se separaban de él y ponían sus simpatías en los radicales burgueses, porque éstos eran revolucionarios. Afiliábanse a las Sociedades secretas que éstos constituían, acudían a las barricadas y tomaban parte en los motines y revoluciones políticas.

Marx y Engels tomaron el Socialismo en el punto donde lo habían dejado los grandes utópicos; pero en vez de poner en tortura sus cerebros para inventar una organización del trabajo y de la producción, estudiaron la que imponían las nuevas necesidades creadas por la industria moderna, a la sazón bastante desarrollada.

La producción era enorme y, como ya habían previsto Fourier y Saint-Simon, con ella se podía atender con abundancia a las necesidades normales de todos los miembros

de la sociedad. Por primera vez en la historia se manifestaba una potencia productiva que hacía posible la reintroducción del comunismo, es decir, la igualdad en la participación de las riquezas sociales y el libre y completo desenvolvimiento de las facultades físicas, intelectuales y morales de todos. El comunismo no era ya una utopía, podía ser una realidad.

La máquina ha reemplazado la producción individual de la pequeña industria por la producción comunista de la fábrica; pero la propiedad de los medios de trabajo continúa siendo individual como en los tiempos de la pequeña industria. Hay, pues, una antinomia entre el modo individual de posesión y el modo comunista de producción, que se traduce en un antagonismo entre los intereses del obrero y los del patrono capitalista. Los productores, que forman la inmensa mayoría de la nación, no poseen los instrumentos de trabajo; el dominio de estos instrumentos se centraliza en las manos ociosas de una minoría cada vez más pequeña. El problema social que plantea la producción mecánica se resolverá de la misma forma que se resolvieron los problemas sociales planteados por los precedentes modos de producción, precipitando la evolución comenzada por las fuerzas económicas y concluyendo por la expropiación individual de los medios de trabajo en beneficio de la colectividad.

El comunismo de los socialistas contemporáneos no emana, como el de tiempos pa-

sados, de las lucubraciones de los pensadores, es producto de la realidad económica. Los capitalistas y sus intelectuales han elaborado, sin darse cuenta, el molde comunista del nuevo estado social que tan apresuradamente llega. El comunismo no es, pues, una hipótesis utópica; es un ideal científico. Se puede añadir que nunca se ha analizado mejor ni de un modo más completo la estructura económica de una sociedad como ha sido analizada la de la sociedad capitalista, y que jamás ha habido un ideal social que se haya concebido disponiendo de tantos y tan positivos datos como se han tenido para formar el ideal comunista del Socialismo moderno.

Cualesquiera que sean las fuerzas económicas que excitan a los hombres a la acción; cualquiera que sea la fuerza misteriosa que determina las grandes corrientes de la historia—fuerza que los cristianos atribuyen a Dios y los librepensadores burgueses al progreso, a la civilización, a los inmortales principios y a otros «Manitús» semejantes, propios de los pueblos salvajes, siempre son producto de la actividad humana. Hasta aquí hemos creado fuerzas y hemos sido dominados por ellas. Ahora que vamos comprendiendo su naturaleza y su tendencia podemos influir en su evolución. Se nos acusa a los socialistas de estar invadidos del fatalismo oriental; se dice que esperamos que surja la sociedad comunista

Continuará.

